EL LEGADO DE ANA FRANK

**MIEP GIES**

1 ECOS Y REFLEJOS

I | TEACI II NG Th IL l IOLOCAUSTO INSPIRANDO EL AULA.

***Miep Gies ayudó a ocultar a Ana Frank y su familia durante más de dos años (1942-1944) durante la Segunda Guerra Mundial.*** *Fue ella quien encontró y salvó el diario de Ana después de que los nazis capturaran a los francos. El 8 de marzo de 1972, Yad Vashem reconoció a Jan Augustus Gies y su esposa, Hermine (Miep) Gies-Santrouschitz, como “Justos entre las Naciones”. Este artículo es una adaptación de un discurso que Miep Gies pronunció en junio de 1996 en Washington, DC, después de recibir un premio a la trayectoria del Anti­ Liga de difamación. Miep Gies murió en enero de 2010 a la edad de 100 años.*

Señoras y señores, me siento profundamente conmovido y honrado por el premio que me han concedido, pero sinceramente me pregunto si debería ser yo quien lo reciba. Me gusta pensar que estoy aquí por Anne y todas las demás víctimas del Holocausto. En su nombre les agradezco mucho. La gente suele preguntar dónde encontré el coraje para ayudar a la familia Frank. Sí, ciertamente se necesita algo de coraje, algo de disciplina y también algo de sacrificio para cumplir con nuestro deber humano. ¡Pero eso es cierto para muchas cosas en la vida! Por eso esta pregunta me sorprende, porque simplemente no se me ocurre hacer otra cosa.

Entonces, ¿por qué la gente hace esta pregunta? Paso a paso comencé a comprender que muchas personas se preguntan por qué deberían ayudar a otras personas, porque cuando somos jóvenes a la mayoría de nosotros nos dicen que si nos portamos bien, la vida nos irá bien. Entonces, si la gente tiene un problema, debe haber cometido un gran error. ¿Por qué entonces deberíamos ayudarlos? Yo, sin embargo, ayudé porque no creo que la gente en problemas haya hecho algo malo. Lo sabía por mi propia vida.

Nací en Viena y crecí durante la Primera Guerra Mundial; una guerra que perdió Austria. Mi madre me dijo que siempre había sido una buena niña, en casa y en la escuela. Sin embargo, recuerdo que a los nueve años no comía lo suficiente; Todavía siento el dolor de tener hambre. También recuerdo el shock que tuve al tener que dejar mi casa en Viena e ir a Holanda para recuperarme de la tuberculosis. ¿Merecía estar tan enfermo? No, no había hecho nada malo. Por lo tanto, aunque



**4**

Miep Gies, 1987. Cortesía de Rob Bogaerts/Nacional Archief

Ana Frank, Ámsterdam, Holanda. Archivo fotográfico de Yad Vashem (b1592/65)

Desde muy joven supe que puedes estar en problemas, sin que esto sea culpa tuya. ¡De esto aprendí que debo ayudar a las víctimas y no culparlas! Sentí lo mismo con la familia Frank. Así que, independientemente de lo que otros pensaran o dijeran, ¡ *tenía* que ayudar!

También tenía otra razón para hacerlo. A muchos niños se les dice que se ocupen únicamente de sus propios asuntos. Cuando esos niños se conviertan en adultos, es posible que hagan la vista gorda si la gente les pide ayuda. Sin embargo, yo mismo viví en Holanda con padres adoptivos muy sociables. Ellos ya tenían cinco hijos y tenían que vivir con un pequeño salario, pero aun así me acogieron a mí, un niño muy enfermo, en su casa. Lo que tuvieran, siempre lo compartirían con los demás. Me causó una profunda impresión. Me hizo sentir que debería hacer lo mismo en mi vida. Muchos niños vivirán y se expresarán de la misma manera que lo hacen sus padres y maestros. Por ejemplo, si los niños escuchan a sus padres y maestros hablar sobre *los asiáticos, los negros, los blancos, los judíos, los árabes,* lo que sea, lo más probable es que comiencen a creer que *todos* los asiáticos, o *todos* los negros, o *todos* los blancos, o *todos* Los judíos o *todos* los árabes actúan igual. Les hace culpar a *todo* el grupo si uno de sus miembros comete un delito. ¡Imagínese si esto nos pasara a nosotros, porque en nuestro propio grupo de personas también hay criminales!

Antaño, en Alemania, a la mayoría de los niños nunca se les decía que siempre debían mirar a los demás como a un individuo. En cambio, muchos alemanes solían hablar de *los judíos.* Hitler sabía que muchos creen que quienes vienen de otro país o tienen otro color de piel causan todos los problemas. Por lo tanto, Hitler prometió que haría de Alemania un país sólo para "arios" y eso era exactamente lo que muchos alemanes querían oír.

Hitler también hizo otras cosas que agradaron a los alemanes. Cuando nació Ana Frank, Alemania estaba en graves problemas y era muy pobre. Hitler sabía que a las personas en problemas a menudo les gusta culpar a los demás, incluso si es su propio error. Entonces, Hitler ofreció *al judío* como chivo expiatorio, lo que millones de alemanes aceptaron con gusto. Y así fue como Hitler obtuvo la ayuda que necesitaba para matar a seis millones de judíos inocentes.

Deberíamos explicarles a los niños que preocuparse sólo por nuestros propios asuntos puede estar muy mal. Cuando en Alemania, paso a paso, la vida judía fue destruida, la mayoría de la gente, en todo el mundo, miró para otro lado, porque pensó que era más seguro quedarse fuera. Sin embargo, durante el Holocausto, no sólo murieron seis millones de judíos, *sino también diez veces esa cantidad de no judíos.* No sólo los judíos perdieron lo que tenían, sino que otros también perdieron miles de millones. Esto demuestra que si le ocurre una injusticia a su prójimo, no hay garantía de que no llegue a su casa, ¡que se detenga en su puerta! Por lo tanto, *nunca* debemos ser meros espectadores, porque, como vimos hace 50 años, ¡eso también puede ser muy peligroso para nosotros mismos!

Creo firmemente que no podemos esperar a que otros hagan de este mundo un lugar mejor. No, *nosotros mismos* deberíamos hacer que esto suceda ahora en nuestros propios hogares y escuelas, evaluando cuidadosamente la manera en que hablamos y examinando de cerca las formas en que formamos y expresamos nuestras opiniones sobre otras personas, particularmente en presencia de niños. Nunca debemos olvidar a las víctimas del Holocausto. Yo mismo pienso en la familia Frank, la familia Van Daan y el dentista Dussel. Van Daan y Dussel fueron los nombres que les puso Anne; sus verdaderos nombres eran van Pels y Pfeiffer. Además, los ayudantes recibieron otros nombres de Anne, ¡excepto yo! ¿Por qué decidió usar mi propio nombre? La respuesta nunca la recibiré, pero me conmueve mucho. Probablemente se sentía demasiado cercana a mí como para cambiar mi nombre.

Junto con Jan, mi marido, éramos un total de cinco ayudantes. Todos teníamos nuestras propias tareas. Por la mañana tuve que entrar al escondite para recoger la lista de la compra. Cuando entré, nadie hablaba, sólo hacía cola y esperaba a que empezara. Este siempre fue un momento terrible para mí, porque demostró que estas buenas personas se sentían muy dependientes de nosotros, los ayudantes. Me admiraban en silencio, excepto Anne, que, en tono alegre, solía decir: “Hola Miep, ¿qué novedades hay?”. A su madre esto no le gustaba mucho y yo sabía que las otras personas escondidas después culparían a Otto por lo que llamarían "prueba de una educación demasiado liberal". Lo que más me llamó la atención de Anne fue su curiosidad. Ella siempre me preguntaba sobre

ME SIENTO MUY FUERTE

QUE NO PODEMOS ESPERAR

PARA QUE OTROS HAGAN ESTO

EL MUNDO UN LUGAR MEJOR.

todo lo que pasaba afuera y no solo eso! Ella sabía que yo acababa de casarme y por eso esperaba que le contara más acerca de ser tan cercano a otra persona. Bueno, no cedí ante eso y eso debió decepcionarla. Sin embargo, normalmente compartía toda mi información con ella.

Anne sentía mucho por su privacidad, lo cual descubrí cuando una vez entré a la habitación donde ella estaba escribiendo su diario. Por sus ojos vi que estaba enojada; tal vez pensó que la estaba espiando, lo cual no era cierto, por supuesto. En ese momento entró su madre y le dijo, al notar esta situación tensa: “Ay, Miep, debes saber que nuestra hija lleva un diario”. Como si no lo supiera: yo era quien siempre le daba el papel. Anne cerró su diario con fuerza, levantó la cabeza, me miró y dijo: “Sí, y sobre ti también escribo”. Luego se fue, cerrando la puerta detrás de ella. Me apresuré a regresar a mi oficina, bastante molesto.

Sin embargo, normalmente Anne era una chica amigable y muy encantadora. Digo *niña,* pero hablar con ella me dio la sorprendente sensación de estar hablando con una persona mucho mayor. No es de extrañar, ya que la situación hizo que Anne creciera muy rápidamente de niña a adulta joven. No le presté mucha atención, porque estaba todo lo demás, como el cuidado diario de 11 personas: mi marido y yo, ocho en el ático y además un estudiante no judío, buscado por los alemanes, que éramos escondido en nuestra casa. Otto Frank no sabía nada de este estudiante.

Lo habría prohibido. “Te arriesgas demasiado, Miep”, le habría dicho.

Los niños escondidos lo pasaron mal. Se perdieron mucho. No podían jugar al aire libre ni reunirse con amigos. Casi no podían moverse. Hicimos todo lo posible para ayudarlos, pero no pudimos darles libertad. Esta fue una de las cosas más dolorosas para mí.

Cada año, el cuatro de agosto, cierro las cortinas de mi casa y no contesto el timbre ni el teléfono. Es el día en que se llevaron a mis amigos judíos. Nunca he superado ese shock. Los amaba y admiraba mucho. Durante dos años ocho personas tuvieron que convivir juntas en un lugar muy pequeño. Tenían poca comida y no se les permitía salir. No podían hablar con sus amigos y familiares. A eso se sumaba el miedo, a todas horas del día. No tengo palabras para describir a estas personas que siempre fueron amables y agradecidas. Sí, tengo una palabra: *¡Eran héroes, verdaderos héroes!*

La gente a veces me llama héroe. ¡No me gusta, porque la gente nunca debería pensar que tienes que ser una persona muy especial para ayudar a quienes te necesitan! Yo mismo soy simplemente una persona muy común. Simplemente no tenía otra opción, porque podía prever muchas, muchas noches de insomnio y una vida llena de arrepentimiento, si me negaba a ayudar a los Frank. Y este no era el tipo de vida que esperaba. Sí, he llorado innumerables veces al pensar en mis queridos amigos, pero estoy feliz de que no fueran lágrimas de remordimiento por negarme a ayudar. *El remordimiento puede ser peor que perder la vida.*

No pude salvar la vida de Anne, pero sí ayudarla a vivir otros dos años. En esos dos años escribió su diario, en el que millones de personas encuentran esperanza e inspiración. También estoy agradecido de haber podido salvar este maravilloso diario. Cuando lo encontré tirado en el suelo del escondite, decidí guardarlo para devolvérselo a Anne cuando regresara. Quería verla sonreír y decir: “¡Ay, Miep, mi diario!”. Pero después de un tiempo terrible de espera y esperanza, llegó la noticia de que Anne había muerto. En ese momento acudí a Otto Frank, el padre de Ana, el único de la familia que había sobrevivido, y le entregué el diario de Ana. “Esto es lo que le queda a Anne”, le dije. “Estas son sus palabras”. ¿Puedes ver cómo me miró este hombre? Había perdido a su esposa y a sus dos hijos, pero *tenía* el diario de Ana. Fue un momento muy, muy conmovedor.

Una vez más, *no pude* salvar la vida de Anne. Sin embargo, *salvé* su diario y así pude ayudar a que su sueño más importante se hiciera realidad. En su diario nos cuenta que quiere seguir viviendo después de su muerte. Ahora, su diario la hace vivir *realmente* , ¡de la manera más poderosa! Y eso me ayuda en esas muchas horas de profundo dolor. También nos muestra que incluso si ayudar puede no lograr todo, es mejor intentarlo que no hacer nada.

*Este artículo apareció por primera vez en Dimensions: A Journal of Holocaust Studies 11(1). © 1997 Liga Antidifamación. Reservados todos los derechos.*